



07

diciembre

Fiesta del Bautismo del Señor
(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Vengan a tomar agua; escuchen y vivirán

Lectura del libro del profeta Isaías 55, 1-11

Así habla el Señor:

¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia? Háganme caso, y comerán buena comida, se deleitarán con sabrosos manjares. Presten atención y vengan a mí, escuchen bien y vivirán. Yo haré con ustedes una alianza eterna, obra de mi inquebrantable amor a David. Yo lo he puesto como testigo para los pueblos, jefe y soberano de naciones. Tú llamarás a una nación que no conocías, y una nación que no te conocía correrá hacia ti, a causa del Señor, tu Dios, y por el Santo de Israel, que te glorifica.

¡Busquen al Señor mientras se deja encontrar, llámenlo mientras está cerca! Que el malvado abandone su camino y el hombre perverso, sus pensamientos; que vuelva al Señor, y él le tendrá compasión, a nuestro Dios, que es generoso en perdonar. Porque los pensamientos de ustedes no son los míos, ni los caminos de ustedes son mis caminos -oráculo del Señor-. Como el cielo se alza por encima de la tierra, así sobrepasan mis caminos y mis pensamientos a los caminos y a los pensamientos de ustedes.

Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, para que dé la semilla al sembrador y el pan al que come, así sucede con la palabra que sale de mi boca: ella no vuelve a mí estéril, sino que realiza todo lo que yo quiero y cumple la misión que yo le encomendé.

Palabra de Dios.

SALMO Is 12, 2-4bcd. 5-6

*R. Sacarán agua con alegría
de las fuentes de la salvación.*

Este es el Dios de mi salvación:
yo tengo confianza y no temo,
porque el Señor es mi fuerza y mi protección;
él fue mi salvación. **R.**

Den gracias al Señor,
invoquen su Nombre,
anuncien entre los pueblos sus proezas,
proclamen qué sublime es su Nombre. **R.**

Canten al Señor porque ha hecho algo grandioso:
¡que sea conocido en toda la tierra!
¡Aclama y grita de alegría, habitante de Sión,
porque es grande en medio de ti el Santo de Israel! **R.**

El Espíritu, el agua y la sangre

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 5, 1-9

Queridos hermanos:

El que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y el que ama al Padre ama también al que ha nacido de él. La señal de que amamos a los hijos de Dios es que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

El amor a Dios consiste en cumplir sus mandamientos, y sus mandamientos no son una carga, porque el que ha nacido de Dios, vence al mundo. Y la victoria que triunfa sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

Jesucristo vino por el agua y por la sangre; no solamente con el agua, sino con el agua y con la sangre. Y el Espíritu da testimonio porque el Espíritu es la verdad. Son tres los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres están de acuerdo.

Si damos fe al testimonio de los hombres, con mayor razón tenemos que aceptar el testimonio de Dios. Y Dios ha dado testimonio de su Hijo.

Palabra de Dios.

ALELUIA Jn 1, 29

Aleluia.

Juan vio acercarse a Jesús y dijo:

«Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo».

Aleluia.

EVANGELIO

**Tu eres mi Hijo muy querido,
en ti tengo puesta toda mi predilección**

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 1, 7-11

Juan Bautista predicaba, diciendo:

«Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo.»

En aquellos días, Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el cielo dijo: «Tú eres mi Hijo muy querido, en ti tengo puesta toda mi predilección.»

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Fiesta del Bautismo del Señor (B)

Entrada:

Celebramos hoy la Fiesta del Bautismo del Señor. Hoy Jesús se manifiesta como Hijo del Padre y Ungido con el Espíritu Santo al ser bautizado por Juan en el Jordán. En esta Santa Misa rememoremos la realidad de ser hijos de Dios en la adhesión incondicional a su adorable voluntad.

Primera Lectura:

El profeta Isaías revela al Mesías como el elegido de Dios en quien Él se complace.

Is 55, 1-11

Segunda Lectura:

El Espíritu, el agua y la sangre dan testimonio de que Jesucristo es el Hijo de Dios.

1 Jn 5, 1-9

Evangelio:

La predilección del Padre está puesta en su Hijo único, sobre quien descende el Espíritu Santo luego de su bautismo.

Mc 1, 7-11

Preces:

Presentemos las necesidades de todos los hombres a Jesús, que viene del cielo para revelarnos su gloria.

A cada intención respondemos cantando:

* Por el Santo Padre Francisco para que, ungido con la fuerza de lo alto, sea siempre una luz en el camino de cuantos buscan al Señor. Oremos.

* Por los sacerdotes y consagrados, para que viviendo con generosa radicalidad la fe, la esperanza y el amor recibidos en el bautismo, sean para el mundo un reflejo del amor del Padre. Oremos.

* Por las naciones, para que abiertas a la manifestación del Señor reine en ellas el derecho, la justicia y la paz. Oremos.

* Por todos los miembros de la Iglesia Católica para que, en este día del Bautismo del Señor, renueven las promesas bautismales hechas en su propio bautismo y se dediquen con fervor a consagrar el mundo para Dios. Oremos.

* Por aquellos que sienten el peso de la esclavitud del pecado, del error y de la propia debilidad, para que creyendo en Ti y apoyados en tu gracia lleven una vida nueva. Oremos.

Con la confianza de los hijos, te presentamos Señor estas oraciones sabiendo que no seremos defraudados. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Ofertorio:

Recibe Señor, la ofrenda de nuestra vida y el deseo sincero de hacer el bien a todos.

*Ofrecemos estos **alimentos** para nuestro prójimo necesitado.

*Presentamos el **pan y el vino** y con ellos nuestra comunión con los que sufren y comparten la Pasión de Cristo.

Comunión:

La Eucaristía nos hace “hombres nuevos”, “criaturas nuevas”, y suscita en nuestras almas el deseo de entregarnos a Dios sin reservas. Acerquémonos a comulgar con confianza y devoción.

Salida:

El católico bautizado tiene como misión consagrar el mundo para Dios. Después de haber celebrado estos sagrados misterios vayamos al mundo con confianza y alegría a anunciar la buena noticia del Evangelio.

(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Directorio Homilético

Presentamos, en primer lugar, lo que el Directorio Homilético dice respecto a la Fiesta de hoy, el Bautismo del Señor.

En segundo lugar, presentaremos los números del Catecismo de la Iglesia Católica que el Directorio sugiere para la preparación de la homilía.

I

E. Fiesta del Bautismo del Señor

131. Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homilista debe responder a esta pregunta.

132. La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedirselo pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención: ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

133. Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto

amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, descendiendo sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.

134. El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homilista y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu... Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

135. En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

136. Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde descende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado... Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

137. El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

138. La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu descende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

139. En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: “De su seno brotarán manantiales de agua viva”». Aquellas aguas vivas han comenzado a brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

II

El Bautismo de Jesús

- 535 El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba "un bautismo de conversión para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. "Entonces aparece Jesús". El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es "mi Hijo amado" (Mt 3, 13-17). Es la manifestación ("Epifanía") de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.
- 536 El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29); anticipa ya el "bautismo" de su muerte sangrienta (cf. Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a "cumplir toda justicia" (Mt 3, 15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a "posarse" sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, "se abrieron los cielos" (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.
- 537 Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (Rm 6, 4):

Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios. (S. Hilario, Mat 2).

I UN SOLO BAUTISMO PARA EL PERDON DE LOS PECADOS

- 977 Nuestro Señor vinculó el perdón de los pecados a la fe y al Bautismo: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará" (Mc 16, 15-16). El Bautismo es el primero y principal sacramento del perdón de los pecados porque nos une a Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (cf. Rm 4, 25), a fin de que "vivamos también una vida nueva" (Rm 6, 4).
- 978 "En el momento en que hacemos nuestra primera profesión de Fe, al recibir el santo Bautismo que nos purifica, es tan pleno y tan completo el perdón que recibimos, que no nos queda absolutamente nada por borrar, sea de la falta original, sea de las faltas cometidas por nuestra propia voluntad, ni ninguna pena que sufrir para expiarlas... Sin embargo, la gracia del Bautismo no libra a la persona de todas las debilidades de la naturaleza. Al contrario, todavía nosotros tenemos que combatir los movimientos de la concupiscencia que no cesan de llevarnos al mal" (Catech. R. 1, 11, 3).

979 En este combate contra la inclinación al mal, ¿quién será lo suficientemente valiente y vigilante para evitar toda herida del pecado? "Si, pues, era necesario que la Iglesia tuviese el poder de perdonar los pecados, también hacía falta que el Bautismo no fuese para ella el único medio de servirse de las llaves del Reino de los cielos, que había recibido de Jesucristo; era necesario que fuese capaz de perdonar los pecados a todos los penitentes, incluso si hubieran pecado hasta en el último momento de su vida" (Catech. R. 1, 11, 4).

980 Por medio del sacramento de la penitencia el bautizado puede reconciliarse con Dios y con la Iglesia:

Los padres tuvieron razón en llamar a la penitencia "un bautismo laborioso" (San Gregorio Nac., Or. 39. 17). Para los que han caído después del Bautismo, es necesario para la salvación este sacramento de la penitencia, como lo es el Bautismo para quienes aún no han sido regenerados (Cc de Trento: DS 1672).

Artículo 1 EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

1213 El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu ("vitae spiritualis ianua") y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión (cf Cc. de Florencia: DS 1314; CIC, can 204,1; 849; CCEO 675,1): "Baptismus est sacramentum regenerationis per aquam in verbo" ("El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra", Cath. R. 2,2,5).

I EL NOMBRE DE ESTE SACRAMENTO

1214 Este sacramento recibe el nombre de Bautismo en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: bautizar (baptizein en griego) significa "sumergir", "introducir dentro del agua"; la "inmersión" en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo de donde sale por la resurrección con El (cf Rm 6,3-4; Col 2,12) como "nueva criatura" (2 Co 5,17; Ga 6,15).

1215 Este sacramento es llamado también "baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo" (Tt 3,5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual "nadie puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3,5).

1216 "Este baño es llamado iluminación porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado..." (S. Justino, Apol. 1,61,12). Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1,9), el bautizado, "tras haber sido iluminado" (Hb 10,32), se convierte en "hijo de la luz" (1 Ts 5,5), y en "luz" él mismo (Ef 5,8):

El Bautismo es el más bello y magnífico de los dones de Dios...lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. Don, porque es conferido a los que no aportan nada; gracia, porque, es dado incluso a culpables; bautismo, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real (tales son los que son ungidos); iluminación, porque es luz resplandeciente; vestidura, porque cubre nuestra vergüenza; baño, porque lava; sello, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios (S. Gregorio Nacianceno, Or. 40,3-4).

II EL BAUTISMO EN LA ECONOMIA DE LA SALVACION

Las prefiguraciones del Bautismo en la Antigua Alianza

1217 En la Liturgia de la Noche Pascual, cuando se bendice el agua bautismal, la Iglesia hace solemnemente memoria de los grandes acontecimientos de la historia de la salvación que prefiguraban ya el misterio del Bautismo:

¡Oh Dios!, que realizas en tus sacramentos obras admirables con tu poder invisible, y de diversos modos te has servido de tu criatura el agua para significar la gracia del bautismo (MR, Vigilia Pascual, bendición del agua bautismal, 42)

1218 Desde el origen del mundo, el agua, criatura humilde y admirable, es la fuente de la vida y de la fecundidad. La Sagrada Escritura dice que el Espíritu de Dios "se cernía" sobre ella (cf. Gn 1,2):

¡Oh Dios!, cuyo espíritu, en los orígenes del mundo, se cernía sobre las aguas, para que ya desde entonces concibieran el poder de santificar (MR, *ibid.*).

1219 La Iglesia ha visto en el Arca de Noé una prefiguración de la salvación por el bautismo. En efecto, por medio de ella "unos pocos, es decir, ocho personas, fueron salvados a través del agua" (1 P 3,20):

¡Oh Dios!, que incluso en las aguas torrenciales del diluvio prefiguraste el nacimiento de la nueva humanidad, de modo que una misma agua pusiera fin al pecado y diera origen a la santidad (MR, *ibid.*).

1220 Si el agua de manantial simboliza la vida, el agua del mar es un símbolo de la muerte. Por lo cual, pudo ser símbolo del misterio de la Cruz. Por este simbolismo el bautismo significa la comunión con la muerte de Cristo.

1221 Sobre todo el paso del Mar Rojo, verdadera liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, es el que anuncia la liberación obrada por el bautismo:

¡Oh Dios!, que hiciste pasar a pie enjuto por el mar Rojo a los hijos de Abraham, para que el pueblo liberado de la esclavitud del faraón fuera imagen de la familia de los bautizados (MR, *ibid.*).

1222 Finalmente, el Bautismo es prefigurado en el paso del Jordán, por el que el pueblo de Dios recibe el don de la tierra prometida a la descendencia de Abraham, imagen de la vida eterna. La promesa de esta herencia bienaventurada se cumple en la nueva Alianza.

El Bautismo de Cristo

1223 Todas las prefiguraciones de la Antigua Alianza culminan en Cristo Jesús. Comienza su vida pública después de hacerse bautizar por S. Juan el Bautista en el Jordán (cf. Mt 3,13), y, después de su Resurrección, confiere esta misión a sus Apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28,19-20; cf. Mc 16,15-16).

1224 Nuestro Señor se sometió voluntariamente al Bautismo de S. Juan, destinado a los pecadores, para "cumplir toda justicia" (Mt 3,15). Este gesto de Jesús es una manifestación de su "anonadamiento" (Flp 2,7). El Espíritu que se cernía sobre las aguas de la primera creación desciende entonces sobre Cristo, como preludio de la nueva creación, y el Padre manifiesta a Jesús como su "Hijo amado" (Mt 3,16-17).

1225 En su Pascua, Cristo abrió a todos los hombres las fuentes del Bautismo. En efecto, había hablado ya de su pasión que iba a sufrir en Jerusalén como de un "Bautismo" con que debía ser bautizado (Mc 10,38; cf. Lc 12,50). La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús crucificado (cf. Jn 19,34) son

figuras del Bautismo y de la Eucaristía, sacramentos de la vida nueva (cf 1 Jn 5,6-8): desde entonces, es posible "nacer del agua y del Espíritu" para entrar en el Reino de Dios (Jn 3,5).

Considera donde eres bautizado, de donde viene el Bautismo: de la cruz de Cristo, de la muerte de Cristo. Ahí está todo el misterio: El padeció por ti. En él eres rescatado, en él eres salvado. (S. Ambrosio, sacr. 2,6).

El bautismo en la Iglesia

1226 Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, S. Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2,38). Los Apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (Hch 2,41; 8,12-13; 10,48; 16,15). El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa", declara S. Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: "el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos" (Hch 16,31-33).

1227 Según el apóstol S. Pablo, por el Bautismo el creyente participa en la muerte de Cristo; es sepultado y resucita con él:

¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (Rm 6,3-4; cf Col 2,12).

Los bautizados se han "revestido de Cristo" (Ga 3,27). Por el Espíritu Santo, el Bautismo es un baño que purifica, santifica y justifica (cf 1 Co 6,11; 12,13).

1228 El Bautismo es, pues, un baño de agua en el que la "semilla incorruptible" de la Palabra de Dios produce su efecto vivificador (cf. 1 P 1,23; Ef 5,26). S. Agustín dirá del Bautismo: "Accedit verbum ad elementum, et fit sacramentum" ("Se une la palabra a la materia, y se hace el sacramento", ev. Io. 80,3).

III LA CELEBRACION DEL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

La iniciación cristiana

1229 Desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística.

1230 Esta iniciación ha variado mucho a lo largo de los siglos y según las circunstancias. En los primeros siglos de la Iglesia, la iniciación cristiana conoció un gran desarrollo, con un largo periodo de catecumenado, y una serie de ritos preparatorios que jalonaban litúrgicamente el camino de la preparación catecumenal y que desembocaban en la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana.

1231 Desde que el bautismo de los niños vino a ser la forma habitual de celebración de este sacramento, ésta se ha convertido en un acto único que integra de manera muy abreviada las etapas previas a la iniciación cristiana. Por su naturaleza misma, el Bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal. No se

trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis.

- 1232 El Concilio Vaticano II ha restaurado para la Iglesia latina, "el catecumenado de adultos, dividido en diversos grados" (SC 64). Sus ritos se encuentran en el *Ordo initiationis christianae adultorum* (1972). Por otra parte, el Concilio ha permitido que "en tierras de misión, además de los elementos de iniciación contenidos en la tradición cristiana, pueden admitirse también aquellos que se encuentran en uso en cada pueblo siempre que puedan acomodarse al rito cristiano" (SC 65; cf. SC 37-40).
- 1233 Hoy, pues, en todos los ritos latinos y orientales la iniciación cristiana de adultos comienza con su entrada en el catecumenado, para alcanzar su punto culminante en una sola celebración de los tres sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía (cf. AG 14; CIC can.851.865.866). En los ritos orientales la iniciación cristiana de los niños comienza con el Bautismo, seguido inmediatamente por la Confirmación y la Eucaristía, mientras que en el rito romano se continúa durante unos años de catequesis, para acabar más tarde con la Confirmación y la Eucaristía, cima de su iniciación cristiana (cf. CIC can.851, 2º; 868).

La mistagogia de la celebración

- 1234 El sentido y la gracia del sacramento del Bautismo aparece claramente en los ritos de su celebración. Cuando se participa atentamente en los gestos y las palabras de esta celebración, los fieles se inician en las riquezas que este sacramento significa y realiza en cada nuevo bautizado.
- 1235 La señal de la cruz, al comienzo de la celebración, señala la impronta de Cristo sobre el que le va a pertenecer y significa la gracia de la redención que Cristo nos ha adquirido por su cruz.
- 1236 El anuncio de la Palabra de Dios ilumina con la verdad revelada a los candidatos y a la asamblea y suscita la respuesta de la fe, inseparable del Bautismo. En efecto, el Bautismo es de un modo particular "el sacramento de la fe" por ser la entrada sacramental en la vida de fe.
- 1237 Puesto que el Bautismo significa la liberación del pecado y de su instigador, el diablo, se pronuncian uno o varios exorcismos sobre el candidato. Este es ungido con el óleo de los catecúmenos o bien el celebrante le impone la mano y el candidato renuncia explícitamente a Satanás. Así preparado, puede confesar la fe de la Iglesia, a la cual será "confiado" por el Bautismo (cf Rm 6,17).
- 1238 El agua bautismal es entonces consagrada mediante una oración de epiclesis (en el momento mismo o en la noche pascual). La Iglesia pide a Dios que, por medio de su Hijo, el poder del Espíritu Santo descienda sobre esta agua, a fin de que los que sean bautizados con ella "nazcan del agua y del Espíritu" (Jn 3,5).
- 1239 Sigue entonces el rito esencial del sacramento: el Bautismo propiamente dicho, que significa y realiza la muerte al pecado y la entrada en la vida de la Santísima Trinidad a través de la configuración con el Misterio pascual de Cristo. El Bautismo es realizado de la manera más significativa mediante la triple inmersión en el agua bautismal. Pero desde la antigüedad puede ser también conferido derramando tres veces agua sobre la cabeza del candidato.
- 1240 En la Iglesia latina, esta triple infusión va acompañada de las palabras del ministro: "N, Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". En las liturgias orientales, estando el catecúmeno vuelto hacia el Oriente, el sacerdote dice: "El siervo de Dios, N., es bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo". Y mientras invoca a cada persona de la Santísima Trinidad, lo sumerge en el agua y lo saca de ella.

- 1241 La unción con el santo crisma, óleo perfumado y consagrado por el obispo, significa el don del Espíritu Santo al nuevo bautizado. Ha llegado a ser un cristiano, es decir, "ungido" por el Espíritu Santo, incorporado a Cristo, que es ungido sacerdote, profeta y rey (cf OBP n° 62).
- 1242 En la liturgia de las Iglesias de Oriente, la unción postbautismal es el sacramento de la Crismación (Confirmación). En la liturgia romana, dicha unción anuncia una segunda unción del santo crisma que dará el obispo: el sacramento de la Confirmación que, por así decirlo, "confirma" y da plenitud a la unción bautismal.
- 1243 La vestidura blanca simboliza que el bautizado se ha "revestido de Cristo" (Ga 3,27): ha resucitado con Cristo. El cirio que se enciende en el cirio pascual, significa que Cristo ha iluminado al neófito. En Cristo, los bautizados son "la luz del mundo" (Mt 5,14; cf Flp 2,15).

El nuevo bautizado es ahora hijo de Dios en el Hijo Unico. Puede ya decir la oración de los hijos de Dios: el Padre Nuestro.

- 1244 La primera comunión eucarística. Hecho hijo de Dios, revestido de la túnica nupcial, el neófito es admitido "al festín de las bodas del Cordero" y recibe el alimento de la vida nueva, el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las Iglesias orientales conservan una conciencia viva de la unidad de la iniciación cristiana por lo que dan la sagrada comunión a todos los nuevos bautizados y confirmados, incluso a los niños pequeños, recordando las palabras del Señor: "Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis" (Mc 10,14). La Iglesia latina, que reserva el acceso a la Sagrada Comunión a los que han alcanzado el uso de razón, expresa cómo el Bautismo introduce a la Eucaristía acercando al altar al niño recién bautizado para la oración del Padre Nuestro.
- 1245 La bendición solemne cierra la celebración del Bautismo. En el Bautismo de recién nacidos, la bendición de la madre ocupa un lugar especial.

IV QUIEN PUEDE RECIBIR EL BAUTISMO

- 1246 "Es capaz de recibir el bautismo todo ser humano, aún no bautizado, y solo él" (CIC, can. 864: CCEO, can. 679).

El Bautismo de adultos

- 1247 En los orígenes de la Iglesia, cuando el anuncio del evangelio está aún en sus primeros tiempos, el Bautismo de adultos es la práctica más común. El catecumenado (preparación para el Bautismo) ocupa entonces un lugar importante. Iniciación a la fe y a la vida cristiana, el catecumenado debe disponer a recibir el don de Dios en el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.
- 1248 El catecumenado, o formación de los catecúmenos, tiene por finalidad permitir a estos últimos, en respuesta a la iniciativa divina y en unión con una comunidad eclesial, llevar a madurez su conversión y su fe. Se trata de una "formación y noviciado debidamente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo, su Maestro. Por lo tanto, hay que iniciar adecuadamente a los catecúmenos en el misterio de la salvación, en la práctica de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que deben celebrarse en los tiempos sucesivos, e introducirlos en la vida de fe, la liturgia y la caridad del Pueblo de Dios" (AG 14; cf OICA 19 y 98).

1249 Los catecúmenos "están ya unidos a la Iglesia, pertenecen ya a la casa de Cristo y muchas veces llevan ya una una vida de fe, esperanza y caridad" (AG 14). "La madre Iglesia los abraza ya con amor tomándolos a sus cargo" (LG 14; cf CIC can. 206; 788,3)

El Bautismo de niños

1250 Puesto que nacen con una naturaleza humana caída y manchada por el pecado original, los niños necesitan también el nuevo nacimiento en el Bautismo (cf DS 1514) para ser librados del poder de las tinieblas y ser trasladados al dominio de la libertad de los hijos de Dios (cf Col 1,12-14), a la que todos los hombres están llamados. La pura gratuidad de la gracia de la salvación se manifiesta particularmente en el bautismo de niños. Por tanto, la Iglesia y los padres privarían al niño de la gracia inestimable de ser hijo de Dios si no le administraran el Bautismo poco después de su nacimiento (cf CIC can. 867; CCEO, can. 681; 686,1).

1251 Los padres cristianos deben reconocer que esta práctica corresponde también a su misión de alimentar la vida que Dios les ha confiado (cf LG 11; 41; GS 48; CIC can. 868).

1252 La práctica de bautizar a los niños pequeños es una tradición inmemorial de la Iglesia. Está atestiguada explícitamente desde el siglo II. Sin embargo, es muy posible que, desde el comienzo de la predicación apostólica, cuando "casas" enteras recibieron el Bautismo (cf Hch 16,15.33; 18,8; 1 Co 1,16), se haya bautizado también a los niños (cf CDF, instr. "Pastoralis actio": AAS 72 [1980] 1137-56).

Fe y Bautismo

1253 El Bautismo es el sacramento de la fe (cf Mc 16,16). Pero la fe tiene necesidad de la comunidad de creyentes. Sólo en la fe de la Iglesia puede creer cada uno de los fieles. La fe que se requiere para el Bautismo no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse. Al catecúmeno o a su padrino se le pregunta: "¿Qué pides a la Iglesia de Dios?" y él responde: "¡La fe!".

1254 En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer después del Bautismo. Por eso, la Iglesia celebra cada año en la noche pascual la renovación de las promesas del Bautismo. La preparación al Bautismo sólo conduce al umbral de la vida nueva. El Bautismo es la fuente de la vida nueva en Cristo, de la cual brota toda la vida cristiana.

1255 Para que la gracia bautismal pueda desarrollarse es importante la ayuda de los padres. Ese es también el papel del padrino o de la madrina, que deben ser creyentes sólidos, capaces y prestos a ayudar al nuevo bautizado, niño o adulto, en su camino de la vida cristiana (cf CIC can. 872-874). Su tarea es una verdadera función eclesial (*officium*; cf SC 67). Toda la comunidad eclesial participa de la responsabilidad de desarrollar y guardar la gracia recibida en el Bautismo.

V QUIEN PUEDE BAUTIZAR

1256 Son ministros ordinarios del Bautismo el obispo y el presbítero y, en la Iglesia latina, también el diácono (cf CIC, can. 861,1; CCEO, can. 677,1). En caso de necesidad, cualquier persona, incluso no bautizada, puede bautizar (Cf CIC can. 861, § 2) si tiene la intención requerida y utiliza la fórmula bautismal trinitaria. La intención requerida consiste en querer hacer lo que hace la Iglesia al bautizar. La Iglesia ve la razón de esta posibilidad en la voluntad salvífica universal de Dios (cf 1 Tm 2,4) y en la necesidad del Bautismo para la salvación (cf Mc 16,16).

VI LA NECESIDAD DEL BAUTISMO

- 1257 El Señor mismo afirma que el Bautismo es necesario para la salvación (cf Jn 3,5). Por ello mandó a sus discípulos a anunciar el Evangelio y bautizar a todas las naciones (cf Mt 28, 19-20; cf DS 1618; LG 14; AG 5). El Bautismo es necesario para la salvación en aquellos a los que el Evangelio ha sido anunciado y han tenido la posibilidad de pedir este sacramento (cf Mc 16,16). La Iglesia no conoce otro medio que el Bautismo para asegurar la entrada en la bienaventuranza eterna; por eso está obligada a no descuidar la misión que ha recibido del Señor de hacer "renacer del agua y del espíritu" a todos los que pueden ser bautizados. Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, pero su intervención salvífica no queda reducida a los sacramentos.
- 1258 Desde siempre, la Iglesia posee la firme convicción de que quienes padecen la muerte por razón de la fe, sin haber recibido el Bautismo, son bautizados por su muerte con Cristo y por Cristo. Este Bautismo de sangre como el deseo del Bautismo, produce los frutos del Bautismo sin ser sacramento.
- 1259 A los catecúmenos que mueren antes de su Bautismo, el deseo explícito de recibir el bautismo unido al arrepentimiento de sus pecados y a la caridad, les asegura la salvación que no han podido recibir por el sacramento.
- 1260 "Cristo murió por todos y la vocación última del hombre en realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido sólo por Dios, se asocien a este misterio pascual" (GS 22; cf LG 16; AG 7). Todo hombre que, ignorando el evangelio de Cristo y su Iglesia, busca la verdad y hace la voluntad de Dios según él la conoce, puede ser salvado. Se puede suponer que semejantes personas habrían deseado explícitamente el Bautismo si hubiesen conocido su necesidad.
- 1261 En cuanto a los niños muertos sin Bautismo, la Iglesia sólo puede confiarlos a la misericordia divina, como hace en el rito de las exequias por ellos. En efecto, la gran misericordia de Dios, que quiere que todos los hombres se salven (cf 1 Tm 2,4) y la ternura de Jesús con los niños, que le hizo decir: "Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis" (Mc 10,14), nos permiten confiar en que haya un camino de salvación para los niños que mueren sin Bautismo. Por esto es más apremiante aún la llamada de la Iglesia a no impedir que los niños pequeños vengan a Cristo por el don del santo bautismo.

VII LA GRACIA DEL BAUTISMO

- 1262 Los distintos efectos del Bautismo son significados por los elementos sensibles del rito sacramental. La inmersión en el agua evoca los simbolismos de la muerte y de la purificación, pero también los de la regeneración y de la renovación. Los dos efectos principales, por tanto, son la purificación de los pecados y el nuevo nacimiento en el Espíritu Santo (cf Hch 2,38; Jn 3,5).

Para la remisión de los pecados...

- 1263 Por el Bautismo, todos los pecados son perdonados, el pecado original y todos los pecados personales así como todas las penas del pecado (cf DS 1316). En efecto, en los que han sido regenerados no permanece nada que les impida entrar en el Reino de Dios, ni el pecado de Adán, ni el pecado personal, ni las consecuencias del pecado, la más grave de las cuales es la separación de Dios.
- 1264 No obstante, en el bautizado permanecen ciertas consecuencias temporales del pecado, como los sufrimientos, la enfermedad, la muerte o las fragilidades inherentes a la vida como las debilidades de carácter, etc., así como una inclinación al pecado que la Tradición llama concupiscencia, o "fomes peccati": "La concupiscencia, dejada para el combate, no puede dañar a los que no la consienten y la

resisten con coraje por la gracia de Jesucristo. Antes bien `el que legítimamente luchare, será coronado'(2 Tm 2,5)" (Cc de Trento: DS 1515).

“Una criatura nueva”

1265 El Bautismo no solamente purifica de todos los pecados, hace también del neófito "una nueva creación" (2 Co 5,17), un hijo adoptivo de Dios (cf Ga 4,5-7) que ha sido hecho "partícipe de la naturaleza divina" (2 P 1,4), miembro de Cristo (cf 1 Co 6,15; 12,27), coheredero con él (Rm 8,17) y templo del Espíritu Santo (cf 1 Co 6,19).

1266 La Santísima Trinidad da al bautizado la gracia santificante, la gracia de la justificación que :

- le hace capaz de creer en Dios, de esperar en él y de amarlo mediante las virtudes teologales;
- le concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo mediante los dones del Espíritu Santo;
- le permite crecer en el bien mediante las virtudes morales.

Así todo el organismo de la vida sobrenatural del cristiano tiene su raíz en el santo Bautismo.

Incorporados a la Iglesia, Cuerpo de Cristo

1267 El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. "Por tanto...somos miembros los unos de los otros" (Ef 4,25). El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: "Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo" (1 Co 12,13).

1268 Los bautizados vienen a ser "piedras vivas" para "edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo" (1 P 2,5). Por el Bautismo participan del sacerdocio de Cristo, de su misión profética y real, son "linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 P 2,9). El Bautismo hace participar en el sacerdocio común de los fieles.

1269 Hecho miembro de la Iglesia, el bautizado ya no se pertenece a sí mismo (1 Co 6,19), sino al que murió y resucitó por nosotros (cf 2 Co 5,15). Por tanto, está llamado a someterse a los demás (Ef 5,21; 1 Co 16,15-16), a servirles (cf Jn 13,12-15) en la comunión de la Iglesia, y a ser "obediente y dócil" a los pastores de la Iglesia (Hb 13,17) y a considerarlos con respeto y afecto (cf 1 Ts 5,12-13). Del mismo modo que el Bautismo es la fuente de responsabilidades y deberes, el bautizado goza también de derechos en el seno de la Iglesia: recibir los sacramentos, ser alimentado con la palabra de Dios y ser sostenido por los otros auxilios espirituales de la Iglesia (cf LG 37; CIC can. 208-223; CCEO, can. 675,2).

1270 Los bautizados "por su nuevo nacimiento como hijos de Dios están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia" (LG 11) y de participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios (cf LG 17; AG 7,23).

El vínculo sacramental de la unidad de los cristianos

1271 El Bautismo constituye el fundamento de la comunión entre todos los cristianos, e incluso con los que todavía no están en plena comunión con la Iglesia católica: "Los que creen en Cristo y han recibido ritualmente el bautismo están en una cierta comunión, aunque no perfecta, con la Iglesia católica... justificados por la fe en el bautismo, se han incorporado a Cristo; por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos y son reconocidos con razón por los hijos de la Iglesia Católica como hermanos del Señor" (UR 3). "Por consiguiente, el bautismo constituye un vínculo sacramental de unidad, vigente entre los que han sido regenerados por él" (UR 22).

Un sello espiritual indeleble...

1272 Incorporado a Cristo por el Bautismo, el bautizado es configurado con Cristo (cf Rm 8,29). El Bautismo imprime en el cristiano un sello espiritual indeleble (character) de su pertenencia a Cristo. Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación (cf DS 1609-1619). Dado una vez por todas, el Bautismo no puede ser reiterado.

1273 Incorporados a la Iglesia por el Bautismo, los fieles han recibido el carácter sacramental que los consagra para el culto religioso cristiano (cf LG 11). El sello bautismal capacita y compromete a los cristianos a servir a Dios mediante una participación viva en la santa Liturgia de la Iglesia y a ejercer su sacerdocio bautismal por el testimonio de una vida santa y de una caridad eficaz (cf LG 10).

1274 El "sello del Señor" (Dominicus character: S. Agustín, Ep. 98,5), es el sello con que el Espíritu Santo nos ha marcado "para el día de la redención" (Ef 4,30; cf Ef 1,13-14; 2 Co 1,21-22). "El Bautismo, en efecto, es el sello de la vida eterna" (S. Ireneo, Dem.,3). El fiel que "guarde el sello" hasta el fin, es decir, que permanezca fiel a las exigencias de su Bautismo, podrá morir marcado con "el signo de la fe" (MR, Canon romano, 97), con la fe de su Bautismo, en la espera de la visión bienaventurada de Dios –consumación de la fe– y en la esperanza de la resurrección.

RESUMEN

1275 La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación que es su afianzamiento; y la Eucaristía que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en El.

1276 "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28,19-20).

1277 El Bautismo constituye el nacimiento a la vida nueva en Cristo. Según la voluntad del Señor, es necesario para la salvación, como lo es la Iglesia misma, a la que introduce el Bautismo.

1278 El rito esencial del Bautismo consiste en sumergir en el agua al candidato o derramar agua sobre su cabeza, pronunciando la invocación de la Santísima Trinidad, es decir, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

1279 El fruto del Bautismo, o gracia bautismal, es una realidad rica que comprende: el perdón del pecado original y de todos los pecados personales; el nacimiento a la vida nueva, por la cual el hombre es hecho hijo adoptivo del Padre, miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo. Por la acción misma del bautismo, el bautizado es incorporado a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y hecho partícipe del sacerdocio de Cristo.

- 1280 El Bautismo imprime en el alma un signo espiritual indeleble, el carácter, que consagra al bautizado al culto de la religión cristiana. Por razón del carácter, el Bautismo no puede ser reiterado (cf DS 1609 y 1624).
- 1281 Los que padecen la muerte a causa de la fe, los catecúmenos y todos los hombres que, bajo el impulso de la gracia, sin conocer la Iglesia, buscan sinceramente a Dios y se esfuerzan por cumplir su voluntad, pueden salvarse aunque no hayan recibido el Bautismo (cf LG 16).
- 1282 Desde los tiempos más antiguos, el Bautismo es dado a los niños, porque es una gracia y un don de Dios que no suponen méritos humanos; los niños son bautizados en la fe de la Iglesia. La entrada en la vida cristiana da acceso a la verdadera libertad.
- 1283 En cuanto a los niños muertos sin bautismo, la liturgia de la Iglesia nos invita a tener confianza en la misericordia divina y a orar por su salvación.
- 1284 En caso de necesidad, toda persona puede bautizar, con tal que tenga la intención de hacer lo que hace la Iglesia, y que derrame agua sobre la cabeza del candidato diciendo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

III EL NOMBRE CRISTIANO

- 2156 El sacramento del Bautismo es conferido "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19). En el bautismo, el nombre del Señor santifica al hombre, y el cristiano recibe su nombre en la Iglesia. Este puede ser el de un santo, es decir, de un discípulo que vivió una vida de fidelidad ejemplar a su Señor. Al ser puesto bajo el patrocinio de un santo, se le ofrece un modelo de caridad y se le asegura su intercesión. El "nombre de bautismo" puede expresar también un misterio cristiano o una virtud cristiana. "Procuren los padres, los padrinos y el párroco que no se imponga un nombre ajeno al sentir cristiano" (CIC, can. 855).
- 2157 El cristiano comienza su jornada, sus oraciones y sus acciones con la señal de la cruz, "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén". El bautizado consagra la jornada a la gloria de Dios e invoca la gracia del Señor que le permite actuar en el Espíritu como hijo del Padre. La señal de la cruz nos fortalece en las tentaciones y en las dificultades.
- 2158 Dios llama a cada uno por su nombre (cf Is 43,1; Jn 10,3). El nombre de todo hombre es sagrado. El nombre es la imagen de la persona. Exige respeto en señal de la dignidad del que lo lleva.
- 2159 El nombre recibido es un nombre de eternidad. En el reino, el carácter misterioso y único de cada persona marcada con el nombre de Dios brillará en plena luz. "Al vencedor...le daré una piedrecita blanca, y grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe" (Ap 2,17). "Miré entonces y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre" (Ap 14,1).

2. EXÉGESIS

R. Schnackenburg

El Bautismo de Jesús

Todavía pende el velo del misterio sobre la persona de aquel a quien Juan anuncia; se pronuncia el nombre de Jesús de Nazaret e inmediatamente desaparecen todas las dudas: es él. Dios mismo se declara en favor suyo. El sentido del sobrio relato no es describir la consagración de Jesús como Mesías o explicar la formación de su conciencia mesiánica, sino el de proclamarle como el Mesías prometido que ha de bautizar con Espíritu al tiempo que mostrar el comienzo de su actividad a impulsos del mismo Espíritu. Para ello no tiene importancia alguna saber quién escuchó la voz de Dios -por primera vez en el Evangelio de Juan aparece el Bautista como «testigo» frente al pueblo, [Jua 1:32](#) ss-; basta con que el lector sepa que Dios proclama a este Jesús como su ungido. Marcos refiere el suceso que tuvo lugar al concluir el bautismo de Jesús y como una experiencia de éste: fue él quien vio rasgarse los cielos y descender sobre él al Espíritu; Dios le habla a él. «Tú eres mi Hijo...» Mas esto no puede ser una «vivencia» de Jesús; es una revelación divina. Al igual que el relato sobre Juan Bautista, es un informe sobre la acción salvadora de Dios y se convierte en el anuncio de la Iglesia primitiva sobre el misterio de Jesús: él es el ungido con el Espíritu, el Hijo amado de Dios. La primera frase sirve únicamente de introducción, y sólo lo que sigue, la escena después del bautismo de Jesús, constituye el núcleo de la proclamación de este relato. No se mencionan las circunstancias exactas por ser de interés secundario. Lo único importante es que Jesús desde Nazaret, en Galilea -desde lejos, pues antes sólo se había hablado de Judea y Jerusalén- «vino... y fue bautizado». Indicando su lugar de origen, Jesús viene presentado como un hombre concreto e histórico; no se trata de una figura mítica. Y es sobre este Jesús -«histórico»- sobre el que la voz de Dios pronuncia unas afirmaciones jamás oídas. Es la clara profesión de fe de la Iglesia primitiva: este Jesús histórico es el Hijo amado, el Hijo único de Dios. Todas las demás consideraciones de por qué se sometió al «bautismo de conversión para remisión de los pecados», quedan al margen, a diferencia de lo que ocurre en [Mat 3:14](#)s. Tal vez sólo en la inmersión en el Jordán y en la salida del agua late la indicación de un sentido más profundo: Quien se puso, humilde y obediente, a disposición del Bautista y se sometió al bautismo que recibía todo el pueblo, experimenta la confirmación divina. Indiscutiblemente es sirviendo, aunque estaba llamado a reinar, como recibe de Dios el sello de su ministerio mesiánico. La escena de la revelación propiamente dicha está presentada en el lenguaje simbólico del Antiguo Testamento. La apertura del cielo puede expresar la presencia de Dios trascendente en la acogida de la revelación por parte de los profetas ([Eze 1:1](#)); más aún, puede indicar la condescendencia misericordiosa de Dios para volver a anunciar a los hombres la paz y la salvación (cf. [Luc 2:13](#) ss). Pero la expresión «los cielos abiertos» alude más directamente a los suspiros y anhelos por la venida de Dios, consignados en [Isa 64:1](#) : «¡Ah si rasgaras los cielos y descendieras...!» Este descenso de Dios se realiza ahora por cuanto el Espíritu desciende sobre Jesús. Al mismo tiempo es el signo del Ungido por excelencia, del Mesías, que poseerá en plenitud el Espíritu de Dios ([Isa 11:2](#); [Isa 61:1](#)) También en el cántico del «Siervo de Yahveh» ([Isa 42:1](#)) pone Dios su Espíritu sobre el Elegido, y esto tiene gran importancia para entender «la voz de los cielos». El símbolo de la paloma recuerda a [Gen 1:2](#), en que el Espíritu de Dios «se cernía» sobre las aguas primitivas; pero recuerda también la shekhinah, la presencia divina gratificante, que se representaba en figura de paloma (*)4. De este modo se describe gráficamente el descenso del Espíritu a la par que la fuerza vivificante y salvadora de Dios, aunque también la protección divina. La voz de los cielos es la voz del mismo Dios y, por consiguiente, no se trata sólo de una bathqol -«hija de la voz»- como entendían los intérpretes judíos de la Biblia un dato revelado en su temor profundo ante la transcendencia divina. Dios se dirige directamente a quien está marcado y repleto de su Espíritu. «Tú eres mi Hijo»: así habla Dios en el [Sal 2:7](#) al rey de Israel tomándole por hijo. Pero la referencia a esta «fórmula adopcionista» resulta problemática cuando se compara con las palabras siguientes: «amado; en ti me he complacido», pues recuerdan las palabras que Dios dirige al «Siervo de Yahveh»: «He aquí mi Siervo, mi escogido, en quien se complace mi alma» ([Isa 42:1](#)), sobre todo cuando al final se dice: «En él he puesto mi Espíritu» Y siendo esto así, ¿por qué «mi Hijo» en lugar de «mi siervo»? ¿Subyace aquí una traducción distinta de la palabra griega país, que puede significar tanto «niño» como «siervo»? Pero difícilmente puede tratarse de un cambio casual; más bien tenemos aquí una interpretación cristiana consciente. Jesús es ambas cosas: el «siervo elegido» que cumple obediente el encargo de Dios desde el bautismo hasta su muerte expiatoria «por muchos» (d 10,45), y es al mismo tiempo el Hijo único y amado (cf. 12,6), en favor del cual Dios da también testimonio en la transfiguración sobre el monte (9,7). Así se dice intencionadamente «amado» en lugar de «elegido». Ni siquiera la figura admirable del «siervo de Yahveh» en los cantos del libro de Isaías era suficiente para comprender la esencia profunda del Mesías del Nuevo Testamento. Ese Mesías está en una relación inmediata y única con Dios, siendo a la vez el «siervo» obediente y el «Hijo» querido. Dios confirma al hombre Jesús como Mesías lleno del Espíritu; pero lo hace de

un modo que deja entrever su misterio profundo, la hondura metafísica de su persona. Con este conocimiento debe el lector creyente escuchar y meditar el relato que sigue sobre la actividad de Jesús Sólo a la luz de esta revelación divina que aparece al comienzo se puede comprender el camino del Mesías Jesús, obediente aunque repleto de una gloria y fuerza íntimas. Aquí no se dice ni sugiere todavía nada acerca del camino doloroso y de la muerte expiatoria del «siervo de Yahveh». El bautismo de Jesús en el Jordán no apunta todavía al «bautismo de muerte» con el que Jesús había de ser «bautizado» al final (10,38). Pero como Siervo obediente y como Hijo amado deberá recorrer el camino que le conduzca hasta Dios. En esta hora histórica sólo se dice que está preparado para la llamada de Dios, para dejarse llevar por el Espíritu (1,12) y obedecer a lo que Dios disponga (8,31). En las palabras que dirige a su Hijo, Dios no habla directamente a la comunidad de salvación; será el ungido con el Espíritu y preparado para la obra mesiánica quien la reúna y forme por medio de la llamada a la fe y a su seguimiento. Mas por el hecho de que no recibió el Espíritu sólo para sí sino para bautizar consigo a los hombres (1,8), la comunidad queda ya incluida. La dotación del Espíritu de su Mesías se convierte en una llamada a prepararse para la acogida personal del Espíritu. La experiencia bautismal de Jesús continúa siendo algo especial y único; pero puede inducir a reflexionar acerca de lo que significa la recepción ulterior del bautismo en la Iglesia y la recepción del Espíritu que Cristo elevado al cielo ha hecho posible para los cristianos.

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

San Juan Pablo II

Fiesta del Bautismo del Señor (Mc 1,1-7)

1. "Buscad al Señor mientras se le encuentra, invocadlo mientras está cerca" (Is 55, 6).

Estas palabras, tomadas de la segunda parte del libro de Isaías, resuenan en este domingo con el que se concluye el tiempo de Navidad. Constituyen una invitación a profundizar en el significado que tiene para nosotros esta fiesta del Bautismo del Señor.

Volvamos espiritualmente a las orillas del Jordán, donde Juan Bautista administra un bautismo de penitencia, exhortando a la conversión. Ante el Precursor llega también Jesús, el cual, con su presencia, transforma ese gesto de penitencia en una solemne manifestación de su divinidad. Repentinamente resuena una voz en el cielo: "Tú eres mi Hijo amado, mi predilecto" (Mc 1, 11), y el Espíritu Santo desciende sobre Jesús en forma de paloma.

En aquel acontecimiento extraordinario Juan ve realizarse cuanto se había dicho con respecto al Mesías nacido en Belén, adorado por los pastores y los Magos. Es precisamente a él, el anunciado por los profetas, el Hijo predilecto del Padre, a quien debemos buscar mientras se deja encontrar, y llamar mientras está cercano.

Con el bautismo todo cristiano lo encuentra de manera personal: es insertado en el misterio de su muerte y de su resurrección, y recibe una vida nueva, que es la misma vida de Dios. ¡Qué gran don y qué gran responsabilidad!

2. La liturgia nos invita hoy a sacar "aguas con gozo de las fuentes de la salvación" (Is 12, 3); nos exhorta a revivir nuestro bautismo, dando gracias por los numerosos dones recibidos. Con estos sentimientos, me dispongo, como ya es tradición, a administrar el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos, en esta estupenda capilla Sixtina, donde el pincel de grandes artistas ha representado momentos

esenciales de nuestra fe. Son veintidós los niños, procedentes en gran parte de Italia, pero también de Polonia y del Líbano.

Os saludo a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, que habéis querido participar en esta sugestiva celebración. Con gran afecto os saludo particularmente a vosotros, queridos padres, padrinos y madrinan, llamados a ser para estos pequeños los primeros testigos del don fundamental de la fe. El Señor os confía, como custodios responsables, su vida tan valiosa a sus ojos. Comprometeos amorosamente para que crezcan "en sabiduría, edad y gracia"; ayudadles a ser fieles a su vocación.

Dentro de poco, también en su nombre, renovaréis la promesa de luchar contra el mal y de adheriros plenamente a Cristo. Que vuestra existencia se caracterice siempre por este compromiso generoso.

3. Sed también conscientes de que el Señor os pide una colaboración nueva y más profunda, es decir, os confía la tarea diaria de acompañarlos a lo largo del camino de la santidad. Esforzaos por ser vosotros mismos santos, para guiar a vuestros hijos hacia esta alta meta de la vida cristiana. No olvidéis que, para ser santos, "es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración" ([Novo millennio ineunte](#), 32).

María, la santísima Madre del Redentor, que acogió con total disponibilidad el proyecto de Dios, os sostenga, alimentando vuestra esperanza y vuestro deseo de servir fielmente a Cristo y a su Iglesia. Que la Virgen ayude especialmente a estos pequeños, para que realicen a fondo el proyecto que Dios tiene para cada uno de ellos, y que ayude a las familias cristianas del mundo entero a ser auténticas "escuelas de oración", en las que rezar unidos constituya cada vez más el corazón y la fuente de toda actividad.

(SAN JUAN PABLO II, *Homilía en la Santa Misa de la Fiesta del Bautismo del Señor*, Domingo 12 de enero de 2003)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

El bautismo de Jesús por Juan. El árbol y su fruto

(Mt 7,17).

1. La solemnidad del día de hoy requiere un sermón también solemne que responda a la enormidad de la expectación. Por tanto, con la ayuda del Señor, os serviremos lo que él nos conceda, recordando y teniendo bien presente en el ánimo nuestro deber de servir, para hablar no en calidad de maestro, sino de servidor; no a discípulos, sino a condiscípulos; porque tampoco a siervos, sino a consiervos. Sólo hay un maestro para todos, cuya escuela y cátedra están en la tierra y en el cielo respectivamente. Como precursor suyo nació Juan, cuyo día de nacimiento se admite por tradición que es hoy, y hoy se celebra. Así lo hemos recibido de los mayores y así lo transmitimos a quienes vengan detrás con la misma devoción, digna de ser imitada. Celebramos hoy, pues, el nacimiento de Juan, no el evangelista, sino el bautista. Anticipado eso, surge una cuestión que no ha de pasarse por alto, a saber: por qué se celebra el nacimiento carnal de Juan y no, más bien, el de cualquier otro apóstol, mártir, profeta o patriarca. Si se nos pregunta, ¿qué responderemos? A mi parecer, según la mediocridad de mis fuerzas me lo permite ver, ésta es la causa: los discípulos del Señor fueron admitidos al discipulado después de nacer y después que el paso de los años los había hecho más capaces; su fe los asoció luego al Señor, pero ninguno de ellos le sirvió desde su nacimiento. Recordemos también a los profetas y traigamos a la memoria a los patriarcas: nacieron como todos los hombres, y, llenos del Espíritu Santo, con el paso de la edad profetizaron a Cristo; nacieron primero para profetizar después. Juan, en cambio, profetizó en su misma concepción al Señor, a quien saludó desde el seno de la madre apenas concebido.

2. Solucionada esta cuestión como hemos podido, entremos en otra según las fuerzas que quiera darnos el Señor. En efecto, nos sale al encuentro otra algo más difícil, según a mí me parece, y más fatigosa a la hora de investigar. Para solucionarla, mucho me ayudará vuestra atención y vuestra súplica al Señor en favor de mi parvedad. Este Juan había recibido una gracia tan excelente que, como ya dije antes, saludó al Señor desde el seno de su madre, no hablando todavía, pero sí saltando de gozo; su buena actitud frente a Dios era ya entonces tan manifiesta como encerrada estaba su carne en la carne de la madre; este Juan, pues, no se encuentra entre los discípulos del Señor; al contrario, tuvo discípulos como el Señor, pero antes que él. ¿Qué estoy diciendo? ¿Quién es este hombre? Hombre grande... ¿Quién es este hombre tan grande? ¿Qué grandeza es la suya? Con todo, no formaba parte de los discípulos del Señor, sino que los tenía propios. Lejos de mí el decir que en oposición al Señor; pero, al menos, con independencia de él, por así decir. Tanto Cristo como Juan tenían discípulos; tanto uno como el otro enseñaban. ¿Qué me queda por decir? Bautizaba Juan, bautizaba Cristo. A propósito del bautismo he de decir algo más: Juan bautizó a Cristo. ¿Dónde están los que se inflan, a propósito del ministerio del bautismo, con la arrogancia de la orgullosa animosidad? ¿Dónde están las voces desconocedoras de la humildad, de altiva soberbia: «Yo soy quien bautiza, yo soy quien bautiza»? ¿Qué hubieses dicho si hubieses tenido la dicha de bautizar a Cristo? Vuestra santidad ha comenzado a advertir ya cuán grande e importante se muestra esta cuestión: Cristo debía ser enviado por el Padre, y Juan enviado delante por Cristo. Primero fue enviado Juan, pero como el juez es precedido por el cortejo. Cristo hombre fue creado después, pero Cristo Dios creó a Juan. Juan era, pues, un hombre perfecto, y la grandeza de su gracia era tanta que de él dijo el Señor: Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan Bautista. Este gran hombre reconoce la grandeza del Señor en su pequeñez; reconoce el hombre a quien había venido como hombre Dios. Por tanto, si entre los nacidos de mujer, es decir, entre los hombres, no ha surgido nadie mayor que Juan Bautista, quienquiera que sea mayor que Juan no es sólo hombre, sino también Dios. Así, pues, este gran hombre no sólo debió tener discípulos, sino hasta reconocer, en compañía de ellos, a Cristo, el maestro de todos. ¿Hay mayor testimonio en favor de la verdad que reconocer, humillándose, a quien podía envidiar por emulación? Pudo, pero no quiso ser tenido por Cristo; pudo ser considerado como el Cristo, pero no quiso. Los hombres, engañados, decían de él: «¿No será éste el Cristo?» El respondió que no lo era, para seguir siendo lo que era. En efecto, así perdió Adán, por su caída, lo que era: por usurpar lo que no era. Bien presente lo tenía este hombre grande, aunque insignificante comparado con Cristo aun siendo niño; sabía esto, lo recordaba y lo retenía en su memoria, pues pensaba en recuperar lo que aquél había perdido. Juan, este gran hombre, como he dicho, de quien el Señor dio tal testimonio que, encareciendo la verdad, llegó a decir: Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan Bautista, pudo ser tomado por Cristo; más aún, le tenían por Cristo aquellos a quienes desorientaba la magnitud de su gracia, y hasta hubiesen muerto en ese error si no lo hubiese corregido su propia confesión. A quienes eso pensaban les respondió, diciéndoles: Yo no soy el Cristo. Como si hubiese dicho: «No hay duda de que os engañáis al tributarme tal honor y ciertamente es grande la alabanza que me hacéis pensando así, pero yo debo reconocer quién soy para que él pueda perdonar vuestro error.» En efecto, si con ánimo engañoso se hubiese tenido por lo que no era, con toda verdad hubiese sido amputado de quien lo era.

3. Así, pues, Juan fue enviado delante para bautizar al Señor humilde. El Señor quiso ser bautizado por humildad, no porque tuviese alguna iniquidad. ¿Por qué fue bautizado Cristo el Señor? ¿Por qué fue bautizado Cristo el Señor, el Hijo unigénito de Dios? Investiga por qué nació, y entonces hallarás por qué fue bautizado. Allí encontrarás la vía de la humildad, que no puedes emprender con pie soberbio; vía que, si no pisas con pie humilde, no podrás llegar a la excelsitud a la que conduce. Quien descendió por ti fue bautizado por ti. Advierte cuán pequeño se hizo a pesar de ser tan grande: Quien, existiendo en la forma de Dios, no juzgó una rapiña el ser igual a Dios. La igualdad del Hijo con el Padre no era rapiña, sino naturaleza. En Juan sí hubiese sido una rapiña el querer ser considerado como el Cristo. Por tanto, no juzgó una rapiña el ser igual a Dios. Sin que fuera resultado de una rapiña, era coeterno con el eterno, de quien había nacido. Sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, es decir, tomando la forma de hombre. Quien, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo. Asumió lo que no era sin perder lo que era. Permaneciendo Dios, asumió al hombre. Tomó la forma de siervo, y se hizo Dios hombre aquel por quien en su ser divino fue hecho el hombre. Considerad, pues, qué majestad, qué poder, qué grandeza, qué igualdad con el Padre; llegó hasta revestirse por nosotros de la forma servil; advierte también la vía de la humildad enseñada por tan gran

maestro. Más digno de mención es que haya querido hacerse hombre que su voluntad de ser bautizado por un hombre.

4. Así, pues, repito, Juan bautiza a Cristo, el siervo al Señor, la voz a la Palabra. Recordad: Yo soy la voz del que clama en el desierto; recordad también: ha Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Juan, vuelvo a repetir, bautiza a Cristo, el siervo al Señor, la voz a la Palabra, la criatura al Creador, la lámpara al Sol, pero al Sol que creó a este sol; el Sol de quien se dijo: Ha salido para mí el sol de justicia, y mi salud está en sus alas. De él han de decir los impíos, con tardío arrepentimiento, en el día del juicio de Dios: ¿De qué nos sirvió la soberbia? ¿O qué nos aportó el jactarnos de nuestras riquezas? Todas aquéllas cosas pasaron como una sombra, y, con las sombras, los que se fueron tras las sombras. Por tanto, dirán: Nos extraviarnos del camino de la verdad y no brilló para nosotros el sol de justicia; no salió para nosotros el sol. Cristo no ha nacido para aquellos que no lo reconocen. El, sol de justicia, sin nube alguna, no sale para los malos ni para los impíos o infieles. A este sol corporal, en efecto, lo hace salir cada día sobre los buenos y sobre los malos. Así, pues, como dije, la criatura bautiza al Creador, la lámpara al Sol, y no por eso se enorgulleció quien bautizaba, sino que se sometió al que iba a ser bautizado. A Cristo, que se le acercaba, le dijo: ¿Vienes tú a ser bautizado por mí? Soy yo quien debe ser bautizado por ti. ¡Gran confesión! ¡Segura profesión de la lámpara al amparo de la humildad! Si ella se hubiese envalentonado contra el sol, rápidamente la hubiera apagado el viento de la soberbia. Esto es lo que el Señor previó y lo que nos enseñó con su bautismo. El, tan grande, quiso ser bautizado por uno tan pequeño; para decirlo en breves palabras, el salvador por el necesitado de salvación. A pesar de su grandeza, quizá Juan se acordó de alguna dolencia suya. ¿De dónde procede, si no, aquel Soy yo quien debe ser bautizado por ti? Ciertamente, el bautismo del Señor aporta la salud, porque la salud es del Señor, pues vana es la salud de los hombres. ¿A qué vienen, pues, las palabras: Soy yo quien ha de ser bautizado por ti, si no tenía nada que necesitase curación? ¡Admirable medicina la humildad de nuestro Señor! Uno bautizaba y el otro sanaba. Cristo, pues, es él salvador de todos, especialmente de los creyentes; es una afirmación apostólica y verídica que Cristo es el salvador de todos los hombres. Que nadie diga: «Yo no tengo necesidad de ser salvado.» Quien esto dice no se humilla ante el médico, sino que perece en su enfermedad. Si es el salvador de todos los hombres, lo es también de Juan, pues un hombre era Juan. Cristo es el salvador de todos los hombres: Juan, por tanto, lo reconoce como su salvador. En efecto, no se puede pensar que Cristo no fuese el salvador de Juan. No es eso lo que él dice haciendo esta humilde confesión: Soy yo quien debe ser bautizado por ti. Y el Señor responde: Deja por un momento que se cumpla toda justicia. ¿Qué es toda justicia? En la humildad encareció la justicia. Es, sobre todo, en la humildad donde nuestro maestro celestial y verdadero Señor nos intimó la justicia. El hecho de ser bautizado caía dentro de su enseñanza de la humildad, y como lo que iba a hacer era con vistas a enseñar esa virtud, dijo: Cúmplase toda justicia.

5. Previo que muchos se iban a hinchar con ocasión del ministerio del bautismo y que iban a decir: «Soy yo quien bautiza»; y: «Tal cual soy yo que bautiza, así haré a aquel a quien bautizo.» — ¿Cómo lo pruebas? — Lo pruebo — responde. — ¿Con qué testimonios? — Con testimonios del evangelio — replica. — Escuchemos a no sé qué nuevo evangelista contrario al antiguo bautista. — ¿Con qué testimonios evangélicos pruebas que cual tú eres, así haces a quien bautizas? — Está escrito que el árbol bueno da frutos buenos. Leo lo escrito, cito el evangelio: El árbol bueno da frutos buenos, y el árbol malo, frutos malos. — Reconozco que son palabras del evangelio; pero, en mi opinión, tú no te conoces a ti mismo. Y, dispuesto como estoy a soportarte pacientemente por algún tiempo, expón lo que dijiste, suponiendo por el momento que yo no te he entendido. Dime a qué se refieren esos testimonios y cómo se relacionan con la solución de la cuestión relativa al bautismo que tenemos entre manos. «El árbol bueno, dice, es el bautizador bueno.» Eso es el árbol bueno, según ellos afirman. «El árbol bueno, dicen, es el bautizador bueno; su buen fruto es el bautizado por él. Sólo será bueno el fruto si es bueno el árbol. « ¿Qué dices respecto a Cristo y a Juan? » Despierta, despabila; el esplendor de una verdad tan clara deslumbra tus ojos; ve lo que está puesto ante nosotros; lee el evangelio: Juan bautizó a Cristo. ¿Te atreverás a decir que Juan era el árbol, y Cristo el fruto? ¿Llamarás árbol a la criatura, y fruto al Creador? La razón por la que Cristo el Señor quiso ser bautizado por Juan fue cerrar la boca a la iniquidad, no el verse lavado de alguna iniquidad mediante el bautismo. Advierte que quien bautiza es inferior; ¿he de decir que el bautizado es mejor? Quizá sea demasiado para mí el comprenderlo. Vuelve a los hombres y fíjate en dos

hombres. Ananías bautizó a Pablo, mas Pablo fue mejor que Ananías. Nunca el fruto fue mejor que el árbol. Es el árbol quien da el fruto, no el fruto al árbol.

6. ¿Tú no ves lo que te atribuyes? El mismo Señor dice: Vendrán muchos en mi nombre diciendo: «Yo soy el Cristo.» Muchos, engañados ellos y seductores a la vez, vinieron en el nombre de Cristo; a ninguno hemos oído decir: «Yo soy el Cristo.» Ha habido innumerables herejes, venidos todos en el nombre de Cristo, es decir, revestidos con el nombre de Cristo, blanqueando con tan espléndido nombre una pared de barro, y a ninguno hemos oído decir: «Yo soy el Cristo.» ¿Qué hemos de pensar, pues? ¿No sabía el Señor lo que predecía? ¿O acaso nos ha despertado del sueño para que comprendamos los secretos descifradores del secreto, para que investiguemos y llamemos a fin de que se nos manifieste lo que está cubierto, y, descubierto el techo, nos presentemos ante el Señor y, como aquel paralítico, merezcamos ser sanados por el Señor? Ciertamente hemos encontrado a quienes dicen: «Yo soy el Cristo»; no con las palabras, sino —lo que es peor— con los hechos. Su audacia no llega hasta pronunciar tales palabras. ¿Quién los oiría? ¿Quién puede estar tan engañado que dé entrada en su corazón o en sus oídos a gente tan insensata? Si quien va a bautizar a una persona le dice: «Yo soy Cristo», ésta le da luego la espalda, abandona tan manifiesta arrogancia humana y busca la gracia de Dios. Así, pues, él no dice explícitamente: «Yo soy el Cristo.» Pero dice lo mismo de otro modo. Ved cómo Cristo es quien sana, quien purifica y quien justifica; ningún hombre justifica. ¿Qué significa «justificar»? Hacer a uno justo. Del mismo modo que «mortificar» significa dar muerte y «vivificar» dar vida a alguien, «justificar» significa hacer justo a uno. He aquí que se atraviesa un cierto bautizador que no entra por la puerta, sino que se descuelga por la tapia; no es el pastor o el guardián, sino un ladrón y salteador. De forma disimulada dice: «Yo soy quien bautiza.» Si lo refiere a su condición de ministro, me atrevo a asentir. No añadas nada más; cualquier otra cosa procede del mal. Pero no duda en añadir algo más. ¿Qué añade? «Yo soy quien justifica; yo quien hace bueno.» O lo que es lo mismo: «Yo soy el árbol bueno; nazca de mí quien quiera ser fruto bueno.» Escucha un poco, si eres tan sabio que lo admites; se trata de pocas palabras; pero, si no me engaño, muy claras. «¿Eres tú quien justifica y hace justos?» Entonces crea en ti aquel a quien justificas. Di me atrevo a proponértelo—: «Cree en mí», tú que no dudas en decir: «Soy yo quien te hará justo.» Se siente turbado, vacila, se excusa. «¿Qué necesidad tengo de decirle: Cree en mí? Cree en Cristo», le digo. Has vacilado y dudado; te has dignado concedernos algo. Algo has confesado que puede llevarte a la curación. Has dicho algo recto, a partir de lo cual puedes corregir todo lo que tienes torcido. Escucha, ya no a mí, sino a ti. Ciertamente, no te atreves a decir: «Cree en mí.» «En ningún modo», dice. Pero, sin embargo, te atreves a decir: «Yo soy quien te justifica.» Escucha y aprende que lo que te impide decir: «Cree en mí», eso mismo ha de impedirte decir: «Yo soy quien te justifica.» Es el Apóstol quien habla, ante quien cedes, a quien, quieras o no, has de someterte. Someterte no al Apóstol en cuanto hombre, sino a aquel de quien dice: ¿O queréis recibir una prueba de que Cristo habla en mí? Escucha, pues, no al Apóstol, sino a Cristo por boca del Apóstol. ¿Qué dice el Apóstol? A quien cree en aquel que justifica al impío, su fe le es imputada a justicia. Prestad atención, os suplico; ved qué claro y cuan a la luz está: A quien cree en aquel que justifica al impío, su fe le es imputada a justicia. A quien crea en aquel que justifica al impío, que transforma al impío en piadoso; a quien creyere en quien justifica al impío, en quien hace justo al que antes era impío, su fe le es imputada a justicia. Di ahora, si te atreves: «Yo te justifico.» Ve cómo te he respondido con palabras del Apóstol: «Si eres tú quien me justifica, creeré en ti, porque a quien cree en aquel que justifica al impío, su fe le es imputada a justicia. ¿Eres tú quien me justifica? Creeré en ti; pues, si tú me justificas, yo creeré en quien me justifica, es decir, en quien justifica al impío. Creo en la seguridad de que mi fe me es imputada como justicia. Si, pues, no te atreves a decir: «Yo soy quien te justifica»; mejor aún, si no te atreves a decir: «Cree en mí», guárdate de decir: «Yo soy quien te justifica.» Hombre perdido, te he encontrado; no me pierdas a mí ni te pierdas a ti.

7. Hablaste del árbol y de su fruto; al respecto voy a proponerte algunos ejemplos para que comprendas cómo ha de entenderse lo dicho: El árbol bueno da frutos buenos, y el malo da frutos malos. Yo lo entiendo como el mismo Señor lo expuso. ¿Qué significa: El árbol bueno da frutos buenos? El hombre bueno extrae los bienes del tesoro de su corazón, y el malo extrae los males. Árbol, aquí, equivale a hombre, y sus frutos, a los actos del hombre. El hombre es como son sus acciones. Si el hombre es bueno, son buenas sus acciones, y si es malo, malas. Un hombre bueno no puede realizar obras malas ni un hombre malo realizar obras buenas. ¿Hay algo más evidente, más transparente, más claro? Para ti, en cambio, el árbol bueno eres tú, que bautizas, y el

fruto aquel a quien bautizas, de forma que como seas tú, así será él. En ningún modo; advierte cuan errada es tu forma de comprender el texto. Hay entre vosotros una cierta persona que en otro tiempo fue adúltero, al menos ocultamente. «Pero no me contamina, dice, lo que ignoro.» No van por aquí mis tiros; la cuestión es otra. Quiero decir algo a propósito del bautismo. Tal fue el punto de partida. Hay un adúltero oculto; por consiguiente, un fingido; no digo que sea un adúltero fingido, sino un adúltero verdadero, pues el que es adúltero sólo en ficción es casto. De este adúltero, hombre que finge, y tanto más cuanto que se oculta, pues si fuese manifiestamente adúltero habría dejado de fingir; de este adúltero que finge no serlo huirá con toda certeza el Espíritu Santo. La afirmación no admite duda: El Santo Espíritu de la disciplina huye del que finge. A pesar de que ocultamente es un adúltero, bautiza. He aquí que tengo ante mis ojos a una persona bautizada por uno que era adúltero secretamente. Ha brotado el fruto; ¿dónde está el árbol bueno? Aquella persona fue bautizada, se volvió inocente, tuvo lugar en ella el perdón de los pecados; así, pues, fue justificado el impío, apareció el fruto bueno. ¿De qué árbol?, pregunto. Dime, responde. Aquel árbol era ocultamente un adúltero, un árbol malo; si aquella persona es fruto de este árbol, será fruto malo. La afirmación es del Señor: El árbol malo da frutos malos. Insistiendo en la bondad de ese fruto, responderás que no brotó de aquel árbol. Por el hecho de que tú no conozcas la maldad de un árbol no por eso deja de ser malo; al contrario, es tanto peor cuanto más se ignore su maldad. Pues tanto más será ignorado cuanto más lo oculte con perversa astucia. En efecto, si fuese manifiestamente adúltero, estaría abierto a la curación aunque sólo fuera reconociéndolo. El árbol es pésimo, pero el fruto es bueno. ¿De dónde ha brotado? ¿O no ha brotado de ninguna parte? «Ha brotado», dices. Te pregunto de dónde. ¿Qué vas a decirme? ¿De dónde ha surgido? No puede decir otra cosa más que «de Dios»; ignoro si ha de decir otra cosa distinta. Si dijera lo mismo de todos y no fingiese ser árbol bueno, no obstante ser malo, ni se hiciese peor, diría que todos nacen de Dios. Tiene la afirmación manifiesta del evangelio: Les dio el poder ser hijos de Dios; los cuales no han nacido de la carne, ni de la sangre, ni de voluntad de varón, ni de voluntad de carne, sino de Dios. Vuelve a aquel de quien estábamos hablando: — ¿Nació de Dios? — Sí, nació de Dios. — ¿Por qué nació él de Dios? — Porque un fruto bueno no puede salir de un árbol malo. — Si el que bautiza es casto, es un árbol bueno, no es un fingido; si es en verdad casto el que bautizó, estamos ante un fruto bueno de un árbol bueno. — Pero este fruto bueno, ¿de qué árbol brotó? — Di, si te atreves, que de uno malo. — No me atrevo — dice. — Entonces, ¿salió también él de un árbol bueno? — Sí, de uno bueno. — ¿De cuál? — De Dios. — ¿Y aquel otro? — De un hombre casto. Pon un poco de atención; pensemos lo que decimos. Este, bautizado por un hombre casto, nació, como fruto bueno, de un árbol bueno, es decir, de un hombre bueno. Aquel otro, bautizado por uno que era adúltero, aunque oculto, nació de un árbol malo. ¿Qué clase de fruto es? ¿Bueno? No es posible que lo sea. Si el fruto es bueno, tienes que hablar distintamente del árbol. Confíes a la vez que este fruto es bueno y que aquel hombre es malo, porque ocultamente es adúltero. Asígnale, pues, otro árbol. «Ya he mencionado otro árbol, dices; por eso afirmé: 'De Dios.'» Compara ahora estos dos recién nacidos; a uno lo bautizó un hombre manifiestamente casto; al otro uno ocultamente adúltero; el primero nació de un hombre el segundo, de Dios. Más dichoso es, pues, el nacido de un hombre ocultamente adúltero que el otro nacido de uno manifiestamente casto.

8. Te será mejor escuchar a Juan, ¡oh hereje!; te será mejor retornar y escuchar al Precursor; mejor es para ti, ¡oh soberbio!, escuchar al humilde; mejor para ti, ¡oh lámpara apagada!, escuchar a la lámpara encendida. Escucha a Juan. A los que se acercaban a él les decía: Yo os bautizo con agua. También tú, si te conoces, eres ministro del agua. Yo, dijo, os bautizo con agua; pero el que ha de venir es mayor que yo. ¿En qué medida? No soy digno de desatar la correa de su calzado. ¡Cuánto no se habría humillado aunque se hubiese declarado digno de tal cosa! Pero ni siquiera se consideró digno de desatar la correa de su calzado. Él es quien bautiza en el Espíritu Santo. ¿Por qué suplantas la persona de Cristo? Él es quien bautiza en el Espíritu Santo. Él es, pues, quien justifica. «¿Qué dices tú?» «Soy yo quien bautiza en el Espíritu Santo; yo quien justifica.» Es cierto que no dices: «Yo soy el Cristo.» ¿Es cierto que no eres de aquellos de quienes se dijo: Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: «Yo soy el Cristo»? Estás cogido. ¡Ojalá seas hallado ahora, una vez capturado, tú que antes de serlo te habías perdido! Hermosa cosa es ser capturado en las redes de la verdad para alimento del gran rey. Cesa ya, pues, de decir: «Yo soy quien justifica, yo quien santifica, para que nadie pueda demostrarte que dices también: «Yo soy el Cristo.» Di, más bien, lo que el amigo del esposo, sin pretender jactarte de hacerte pasar por el esposo: Ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios, que da el incremento. Escucha también al amigo del esposo de quien estamos hablando. Ciertamente, él tenía discípulos, igual que Cristo, pero no era

discípulo de Cristo; escúchale confesarse discípulo de Cristo. Mírale entre los discípulos de Cristo, y tanto más adicto cuanto más humilde, y tanto más humilde cuanto mayor era su grandeza. Mírale cumpliendo lo que está escrito. Por grande que seas, humíllate en todo, y encontrarás gracia a los ojos de Dios. Ya había dicho: No soy digno de desatar la correa de su calzado, pero aquí no se mostró discípulo suyo. Quien viene del cielo, está escrito, es superior a todos. Todos nosotros hemos recibido de su plenitud. Así, pues, también se hallaba entre los discípulos de Cristo quien, como él, buscaba discípulos. Escucha una confesión más clara de que él es discípulo: El esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, en cambio, se mantiene en pie a su lado y le escucha. Y está en pie precisamente porque lo escucha. Está en pie y escucha, puesto que, si no escucha, se cae. Con razón dijo aquel otro: Darás gozo y alegría a mi oído. ¿Qué quiere decir: a mi oído? Escucharle a él, no querer ser escuchado en lugar de él. Y para que sepamos que nos recomienda la humildad en la persona de aquel que le escucha, después de haber dicho: Darás gozo y alegría a mi oído, añadió luego: y exultarán los huesos humillados. Está en pie y le escucha. Exultarán los huesos humillados, porque serán quebrantados si se envanecen. Por tanto, que ningún siervo se atribuya a sí mismo el poder de Dios. Gócese de pertenecer a su familia, y, si está al frente de ella, dé a sus consiervos el alimento a su debido tiempo, alimento del que vive él también, no a sí mismo para que vivan ellos. Pues ¿qué quiere decir «dar el alimento a su debido tiempo» sino ofrecerles a Cristo, alabarlos, encarecerlos y anunciarlos? Esto significa «ofrecer el alimento a su debido tiempo». En efecto, para que Cristo fuese alimento de sus jumentos, nada más nacer fue puesto en un pesebre.

SAN AGUSTÍN, *Sermones* (5º) (t. XXV), Sobre los mártires, Sermón 292, 1-8, BAC Madrid 1984, 169-84

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcón, IVE

El Bautismo del Señor (Mc 1,7-11)

Introducción

Hay tres clases de bautismo: el bautismo que S. Juan Bautista administraba a los hombres de su tiempo, el Bautismo de Cristo y el bautismo cristiano, el primer sacramento.

1. El bautismo de San Juan Bautista

1. El bautismo de Juan Bautista no era un sacramento. Era un símbolo para simbolizar la destrucción del pecado en el alma del que se bautizaba, y el renacimiento a una vida nueva. Lo que San Juan Bautista pedía al que se bautizaba era que se arrepintiera sinceramente de sus pecados, los confesara e hiciera el propósito de no pecar más.

2. El Bautismo del Señor

El bautismo de Cristo no tuvo nada de este bautismo de Juan, porque Cristo no tenía pecados de qué arrepentirse; no necesitaba hacer penitencia porque Él era Dios, el tres veces santo.

El sentido del bautismo de Cristo es el siguiente:

2.a Primer sentido: hacerse solidario con el hombre pecador

Su solidaridad no podía concretarse en la penitencia, porque era “lleno de gracia y de verdad” (Jn.1,14).

Su solidaridad se concreta en asumir sobre sí la condenación y el castigo que por el pecado merecía el hombre. Por eso dice San Pablo: “Ha destruido el acta que había contra nosotros con sus acusaciones legales, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” (Col 2,14). Y también: “Al que no conoció pecado, le hizo pecado en lugar nuestro, para que nosotros seamos en él justicia de Dios” (2Cor 5,21). Y también: “Cristo nos liberó de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros, como dice la Escritura: Maldito el que está colgado en un madero” (Gál 3,13).

Por esta razón, porque el primer sentido del Bautismo de Cristo es hacerse solidario con el pecador para quitar el pecado, es que el Bautismo de Cristo está estrechamente relacionado con la pasión y muerte en la cruz. El Bautismo de agua de Cristo en el río Jordán es símbolo del bautismo de sangre de Cristo en el monte Calvario. De hecho Jesucristo va a decir ya adentrada su vida pública, es decir, mucho después de su Bautismo de agua: “Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” (Lc 12,50). Y también dice dirigiéndose a los apóstoles Juan y Santiago: “¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?” (Mc 10,38). En estas dos frases Jesucristo se refiere al bautismo de sangre; se refiere a la sangre derramada durante de su pasión bajo la cual quedará sumergido como en un bautismo.

Por lo tanto, para poder entender bien el sentido del Bautismo de agua del Señor es necesario interpretarlo según estos dos textos donde habla del bautismo pero del bautismo que es la cruz. ‘Bautizar’ en griego significa ‘sumergirse’. Cristo se va a sumergir en su propia sangre para poder hacer que los hombres alcancen el perdón. Por eso, visto desde esta perspectiva, el Bautismo del Señor tiene como primer y principal sentido anticipar el misterio de la cruz.

2.b Dar inicio a nueva etapa

Además, otro aspecto del sentido del Bautismo de Cristo es *dar inicio a la nueva etapa de la salvación, revelar a la Trinidad y la Encarnación del Verbo, y dar por finalizado el AT.*

a) Da inicio a la nueva etapa de la salvación, porque allí comienza su vida pública y su obra de apostolado que culminará en la cruz y la resurrección.

b) Revela a la Trinidad porque hasta entonces no había habido una revelación explícita de ese primordial misterio cristiano. Esta revelación la hace a través de la voz del Padre: “Tú eres mi Hijo muy querido en quien tengo puesta toda mi predilección” (Lc 3,22). A través de la paloma: “Se abrió el cielo y el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como una paloma” (Lc 3,22). Y a través de la presencia corporal de Cristo.

c) Revela la Encarnación del Verbo: Él es hombre y el Padre lo llama Hijo.

d) Da por finalizado el AT: San Juan Bautista, con su bautismo de conversión, traza la línea del horizonte entre dos mundos, el del Antiguo y el del Nuevo Testamento. Con su bautismo preparaba los corazones de los israelitas para que aceptaran al Verbo Encarnado. Cuando Jesús se hace bautizar une en sí los dos testamentos, confluyen en Él la preparación (el bautismo de Juan) y la realidad (su humanidad unida al Verbo). Con el Bautismo de Jesús comienza ‘oficialmente’ el Nuevo Testamento.

3. Nuestro bautismo

3.a Sentido de nuestro bautismo

Dijimos que el Bautismo de Cristo es símbolo de su muerte en la cruz. Por eso, nuestro bautismo, el sacramento del bautismo que recibimos nosotros, tiene su fundamento en el Misterio Pascual de Cristo, es decir,

en su muerte y resurrección. El primer sentido de nuestro bautismo es que él es el modo que tenemos para poder participar de los frutos de la muerte y resurrección de Cristo.

Por esta razón, nuestro bautismo no es solamente un símbolo como era el bautismo de Juan Bautista, sino que nuestro bautismo es un signo (que no es lo mismo que un símbolo) del perdón de los pecados y de la infusión de la gracia. La distancia entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiana está marcada por el mismo Juan Bautista; él dice: “Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo (...). Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lc 3,16). Nuestro bautismo, porque tiene toda la fuerza de la muerte y resurrección de Cristo, nos borra realmente el pecado original, nos perdona realmente todos los pecados y nos infunde realmente la gracia. Nuestro bautismo produce realmente lo que significa, y por eso gracias al bautismo nosotros quedamos santificados, quedamos justificados.

3.b Exigencias de nuestro bautismo

El bautismo nos fue administrado cuando éramos pequeños. No teníamos uso de razón, pero ahora nos congratulamos de haber sido bautizados. ¿Cómo podremos revivir nuestro bautismo hoy siendo ya grandes? Volviendo a hacer sinceramente las promesas bautismales que nuestros padres y padrinos hicieron por nosotros. ¿Cuáles son esas promesas? Primero una renuncia y después una afirmación.

En primer lugar, la renuncia. Dijimos textualmente por boca de nuestros padres y padrinos: “Renunciamos al demonio, a todas sus obras y a todas sus seducciones”. Esta renuncia implica tres cosas: renuncia al demonio mismo, renuncia a las obras del diablo y renuncia a las seducciones del diablo. Y en esta renuncia se resume la renuncia a los tres enemigos del cristiano: el diablo, el mundo y la carne.

Estos tres enemigos fomentan en nosotros tres deseos que nosotros llevamos dentro. El demonio fomenta el deseo de poder (de dominar). El mundo fomenta el deseo de poseer. La carne fomenta el deseo de placer. Por eso, el primer modo de revivir nuestro bautismo, es luchar contra esas tres concupiscencias, a través sobre todo de la confesión y de la comunión frecuentes.

En segundo lugar, la afirmación. Esta afirmación es el Credo, la confesión de nuestra fe. Este domingo, con esta fiesta del Bautismo del Señor, es un momento especial para afirmar y confesar nuestra fe. Esta afirmación nos lleva a ejercer la misión propia del bautizado, que es santificar el mundo desde dentro del mundo. No lo hace al modo del religioso que huye del mundo para salvar al mundo. El laico, el simple bautizado, santifica el mundo ejerciendo su actividad dentro del mundo.

Por lo tanto, el bautizado, por el hecho de estar bautizado, debe dar testimonio de Cristo en la familia, en el trabajo, en la política, etc. Y debe hacer apostolado en todos esos ambientes, es decir, debe anunciar a Cristo en esos ambientes.

Si hacemos así, entonces, estaremos renovando nuestro bautismo y estaremos siendo fieles a las promesas bautismales que nosotros hicimos el día de nuestro bautismo.

Pidámosle a la Virgen María la gracia de poder ser fieles a nuestro bautismo.

Papa Francisco

Fiesta del Bautismo del Señor

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos un alimento sustancioso. A través del profeta Dios dice: «¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?» (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere

dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es su Palabra: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos la leche —incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres —son muchas, lamentablemente— que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: la Palabra de Dios hace crecer la fe. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el Bautismo. Hemos escuchado al apóstol Juan: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios» (1 Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es vuestra fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será su fe, su personal «sí» a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe de la Iglesia. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos consagrados por el Espíritu Santo. La palabra «cristiano» significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue inmerso Jesús en toda su existencia terrena. Él es el «Cristo», el ungido, el consagrado, los bautizados somos «cristianos», es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinas, si queréis que vuestros niños lleguen a ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer «inmersos» en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. «¿Usted reza, señora?» —«Sí» —«¿A quién reza?» —«Yo rezo a Dios» — Pero «Dios», así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. «¿Tú a quién rezas?» —«Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo». Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el «Padrenuestro», rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014.**

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.